

Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frio
Cuanto el sol alto mira, todo es mio. —
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe :
Que hechos ya su oprobio, dice ¿donde
El Dios de estos está? ¿de quien se esconde?
Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los míseros gemido
Vuelve el brazo tendido
Contra este que aborrece ya ser hombre,
Y las honras que celas tú consiente.
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con vigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene : en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago,
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portentosa Egipto
Los Arabes y leves Africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito ;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,

Y la gloria manchar y la luz de ellas.
Ocuparon del piélago los senos
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Joven de Austria generoso
Con el claro Español y belcoso.
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercebido
Sin recelo los impíos esperaban
A los que tú, Señor, eres escudo,
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron :
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos,
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas,
Que saliendo de España dió un rugido
Que le dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados

Del sublime varon y su grandeza;
Y tu solo Señor fuiste exaltado:
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y estendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada,
Temerá el fuego y la hasta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo:
Y faltos de consuelo
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia, y gloria de su confianza,
Triste! que á ella pareces no temiendo
A Dios y á tu remedio no atendiendo.

Porque ingrata tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente;
Dios vengará sus iras en tu muerte,
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya: ¿quien, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, escelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacías guerra
De temor la cubrias con suspiro;
¿Como acabaste fiera y orgullosa?
¿Quien puso á tu cabeza daño tanto?
Dios para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quien ya tendrá de tí lástima alguna,

Tú que sigues la Luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quien mostrará un liviano sentimiento?
¿Quien rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo
Que sus ondas turbaron y llanura,
Viendo tu muerte oscura
Dirán de tus estragos espantados:
¿Quien contra la espantosa tanto pudo?
El Señor que mostró su fuerte mano
Por la fé de su Príncipe Cristiano
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, los escogidos,
Confiese cuanto cierra el ancho cielo
Tu nombre, oh nuestro Dios, nuestro consuelo,
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en bravas llamas abrasada.

D. FERNANDO DE HERRERA.

ODA V.

A la verdad.

Ven, mueve el labio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina.
Huya el error impío,
Huya á tu voz divina,
Cual se despeña la tiniebla oscura
Del albo día ante la llama pura.
No desdeñes mi ruego;

Que hasta aqui siempre cariñosa oiste,
Tú, que mi númen soberano fuiste,
Y encanto delicioso :
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha via
El mortal triste, á quien tu luz no guia,

Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en tu belleza
Absorto alzarse á tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo :
Y hollando osadamente
Cuanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie, y tu deidad adora.

Tu deidad que tremenda
La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido
Estrépito en que el aula le adormece,
Y un vil incienso por do quier le ofrece.

Mientras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta :
Que á Dios su ánimo libre se levanta.

Ven pues, oh! deidad bella!
Fácil descendiende del escelso cielo
Do te acogiste abandonando el suelo
Con vicios mil manchado ;
Y cual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal ; tu luz su espíritu ilumine ;
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.

Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada ;
Y á tu culto la lengua consagrada,

En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si oscuro,
Mas de vil miedo ; y de ambicion seguro.

Por tí cuanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta
Como posible existe :
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste,
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.

Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,
Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,
Por tí propia existiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema faláz el velo alzado
Y el error ves cual niebla disipado.

Y centro irresistible
Del humanal deseo, cuanto hallara
Sagaz en la ancha tierra, y en la clara
Region del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, ó pura luz, con que la mente
Te busca inquieta, y tus encantos siente.

En ellos embebido
A Siracusa el griego á saco entrada
No ve ; y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa :
Y el gran Newton subido
A la mansion lumbrosa
Cual genio alado tras los astros vuela ;
Y al mundo absorto la atraccion revela.

¡ Oh augusta, firme amiga
De la escelsa virtud ! Tú al sabio oscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga ;

Sus venerandas sienes
De inmortal lauro ciñes; y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria.

O si el triste nublado
De la persecucion, hórrido trueno,
Tú le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O á la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.

Así en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores,
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicúta convertiste.

Mártir él generoso
De tu escelsa deidad así decia,
El tósigo mirando : vendrá un dia
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso ;
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil supersticion por tierra hollada.

Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su impío acero
Vi con diestra ominosa :
A morir me dispuse,
En la empresa gloriosa :
Dócil, mas firme abrazo las cadenas
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.

Si Anito me persigue.
Le perdono, y al crédulo Areopago;
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez ; el caliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío;

Y ¡oh Ser eterno! en tu bondad confío.

Asi dijera el sabio;
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon : Cebes y Crito
Con desmayado labio
Gimen . al vil Melito
Critóbulo maldice ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira :
Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas , recamadas
De sus rubios ardores,
El Sol resplandeciente :
En pálidos fulgores
Fallece el dia , y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

D. JUAN MELENDEZ VALDES.

LETRILLA.

Poderoso caballero
Es Don dinero.
Madre, yo al oro me humillo
Él es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo :
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero ;
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado :
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,

Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro :
Pues que dá y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero ;
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Son sus padres principales,
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de oriente,
Todas las sangres son reales :
Y pues es quien hace iguales
A Duque y al ganadero ;
Poderoso caballero
Es Don dinero.

¿ Mas á quien no maravilla,
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo ménos de su casa
Doña Blanca de Castilla ?
Pero pues da al bajo silla
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles :
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Por importar en los tratos,
Y dar tan buenos consejos
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos ;
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez severo,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad :

Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

Mas valen en cualquier tierra,
Mirad si es barto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodela en la guerra :
Y pues al pobre le entierra,
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

LETRILLA.

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas de placeres,
De pesares otras.
Y en la primavera
De las mas hermosas
Noche son los años,
La niñez aurora.
El árbol florido,
Que el cierzo despoja,
Si enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente,
Que murmura á solas,
En verano ríe,
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad del día
Por los ayes gozan.
Si los vientos braman,
Y la mar se enoja,
Cuando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza

El pastor, que en ella
Guarda ovejas pocas;
Cuando vuelve mayo
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve
De plata son copas.
La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Mas galan despierta
Por campos de aljófár.
Para todos sale
Desterrando á todas,
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos,
Y mejillas rojas,
Si el tiempo las pinta
Él mismo las borra.

DEL PRINCIPE DE ESQUILACHE.

LETRILLA

ABUSO DE INVOCAR Á LAS MUSAS EN CUALQUIER
ASUNTO.

No acuerdo que día
De la otra semana,
Estando yo solo
Quedito en mi estancia,
De ser gran poeta
Me vino la gana.
Versos bien los hago
Yo de todas castas,
Sin que un pie á ninguno
Sobre, ni haga falta,
Porque con los dedos
Los cuento con pausa;
Pero en hacer versos

Diz no está la gracia
Para ser poeta
Cual yo deseaba.
Lleno de inquietudes
Sálgome de casa
Por ver á un amigo
Crítico de marca,
Que de todo entiende
Y de todo parla,
Y de todo sabe
Criticar con gracia.
Encuéntrole al punto,
Y en breves palabras
Le digo la pena
Que á mí me aquejaba:
Y así que me enseñe
Una buena traza
Para ser poeta
Cual yo deseaba.
Mi erudito amigo,
Viendo mi demanda
Me mira, y arquéa
Sus cejas pobladas,
Frunce las narices,
Estrega las palmas,
Y tomando un polvo
Dá una gran risada.
Instole de nuevo,
Y él de nuevo clava
Sus vivaces ojos
En mi mustia cara;
Pero en fin movido
De mis doctas ancias,
Con gentil talante
De esta suerte me habla:
« Nunca jamás pongas
« Tu pluma en la carta,
« Sin que invoques ántes,
« Las manos plegadas,
« El potente influjo
« De las Divas sacras:
« Bien como el famoso

« Héroe de la Mancha
« Que á su Dulcinéa
« Fielmente invocaba
« Antes que llegase
« A entrar en batalla.
« Una, dos, mil veces
« Insta, pide, clama,
« Y jamás desistas
« De tales plegarias,
« Hasta que á tu lado,
« O á corta distancia,
« Sobre augusto trono
« De nubes sentada
« Veas á la diosa
« Que te sopla ufana.
« Entónce en el hondo
« Centro de tu alma
« Verás que se enciende
« La eléctrica llama :
« Verás que tus venas
« Túrgidas se ensanchan,
« Que se abrasa el pecho,
« Que arden las entrañas,
« Se encarniza el ojo,
« Y la fez se inflama.
« Hete aquí el momento
« En que sin tardanza
« Tomarás la pluma,
« Y á vista cerrada
« Galoparla deja
« Por do tenga gana ;
« Déjala seguro
« De alcanzar la palma. »
Dijo; y estregando
Otra vez las palmas,
Me mira y se rie
Y dice : *esto basta.*
Esta leccioncita
Me cayó en tal gracia,
Que á mi fiel amigo
Dí firme palabra
De ser tal poeta

Cual yo descaba
Pues nunca en mi vida
Daré una plumada,
Sin que ántes invoque
Con voces bien altas
A todo el Parnaso,
Aunque no mas haya
De eseribir las coplas
De la zarabanda.

F. VICENTE MARTINEZ COLOMER.

EPÍSTOLAS FILOSÓFICAS.

1.^a

A un Ministro; sobre la utilidad de la historia.

Ya el invierno de nubes coronado
Detuvo en hielos su corriente al rio :
Brama el Bóreas. Felices
Campos, adios, y tú, valle sombrío
A los placeres del amor sagrado,
Vénus hoy te abandona y los Amores,
Y el sol cercano al Capricornio frio,
De la noche los términos dilata.
No toleremos, no, que voladora
Así pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebatá,
Negamos del estudio á las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida,
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,
O le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte :
Justa obediencia y justo imperio enseña.